



La tiranía del mérito
¿Qué ha sido del bien común?
Michael Sandel



Capítulo 5 - La ética del éxito

ARISTOCRACIA

La renta y la riqueza vienen determinadas por la casualidad de la familia en la que se nace y son heredadas directamente de generación en generación. Quienes nacen en familias nobles son ricos y quienes nacen en familias campesinas son pobres. Lo mismo ocurre con sus hijos y con los hijos de sus hijos.

Confina a las personas en la clase en la que nacen. No les deja ascender.

MERITOCRACIA

Sus desigualdades de renta y riqueza no se deben a que el privilegio sea hereditario, sino a lo que las personas han ganado con su esfuerzo y su talento.

Permite que las personas mejoren su situación aplicando su talento y su ingenio.

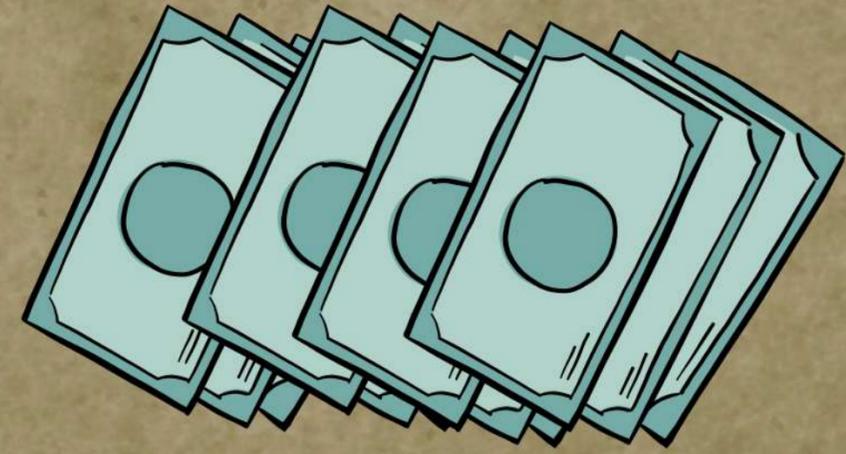
“Un modo de reflexionar sobre la **justicia** de una sociedad es preguntándose **qué clase de sociedad elegiríamos si no pudiéramos saber de antemano si nos iba a tocar criarnos en el seno de una familia rica o de una pobre**. Según ese criterio, la mayoría de las personas estarían de acuerdo en que una meritocracia con una verdadera igualdad de oportunidades es más justa que una aristocracia. Pero dejemos a un lado, por el momento, la cuestión de la justicia y consideremos otra característica de las dos sociedades desiguales que hemos imaginado. Supongamos que supiéramos de antemano si iríamos a parar a la cima o al fondo de la sociedad. ¿En cuál de esas dos sociedades preferiríamos vivir si fuéramos ricos y en cuál si fuéramos pobres?”



“Podríamos llegar entonces a la conclusión de que, puesto que la distancia entre ricos y pobres es igual de abismal en ambas sociedades, saber de antemano qué posición ocuparíamos no nos ayuda a decidir qué sociedad es preferible.”

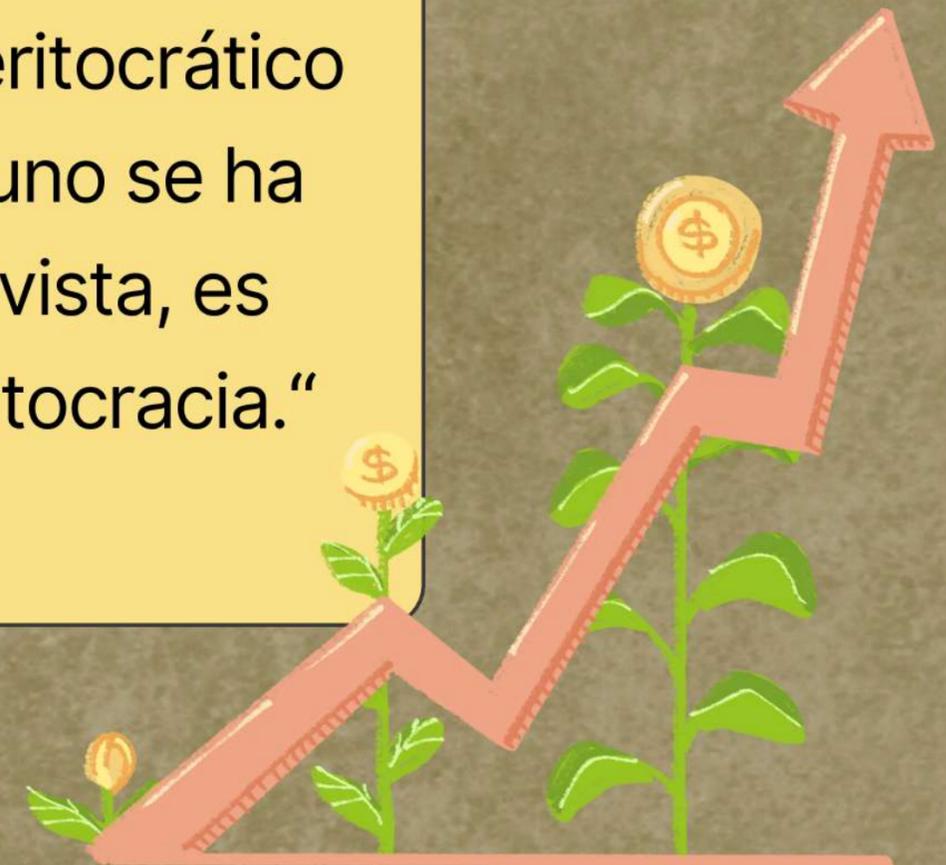


“Sin embargo, la renta y la riqueza no serían el único factor que tendríamos en cuenta. Si fuéramos ricos, tal vez preferiríamos la sociedad que nos permitiera legar nuestra riqueza y nuestros privilegios a nuestros hijos. Este sería entonces un argumento a favor de la sociedad aristocrática. Si fuéramos pobres, no obstante, quizá nos parecería mejor la sociedad que nos brindara —a nosotros o a nuestros hijos— una oportunidad para prosperar. Ese sería un argumento a favor de una sociedad meritocrática.”



"... a las personas no solo les preocupa cuánto dinero tienen, sino también lo que la riqueza o la pobreza significan para su estatus social y su autoestima."

"A diferencia del privilegio aristocrático, el éxito meritocrático reporta una sensación de logro personal, de que uno se ha ganado el lugar que ocupa. Desde ese punto de vista, es mejor ser rico en una meritocracia que en una aristocracia."

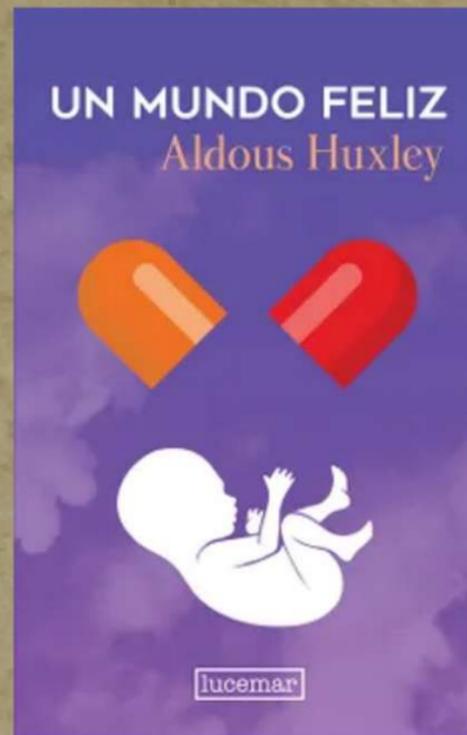
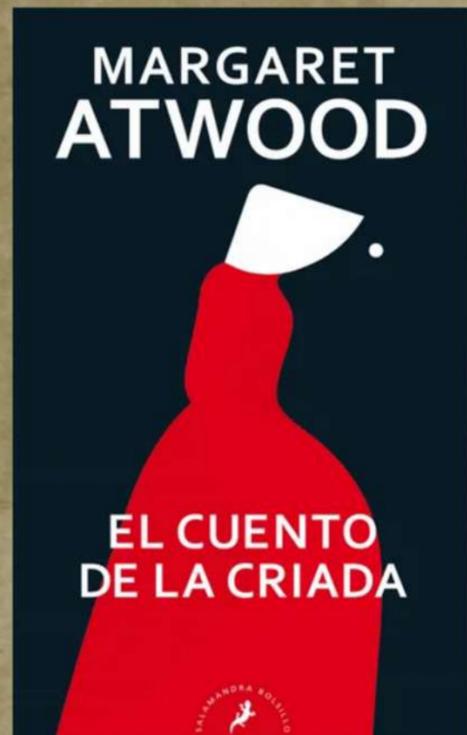
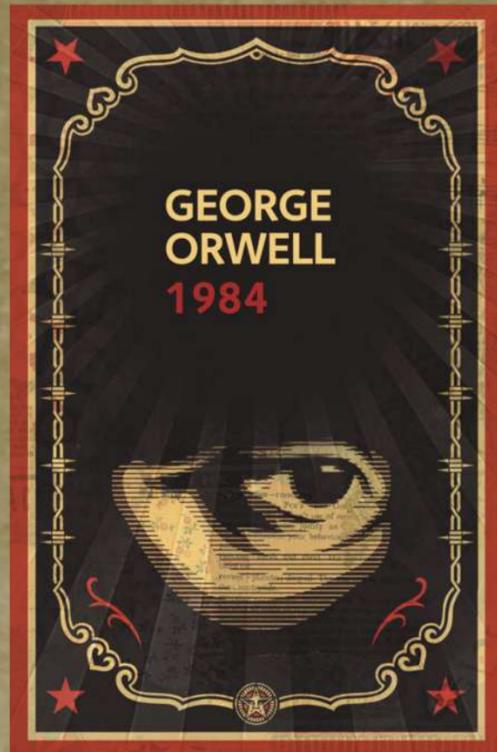




"...por razones similares, **ser pobre en una meritocracia es desmoralizador**. Si, dentro de una sociedad feudal, naciera siervo mi vida sería dura, pero no estaría lastrada por la convicción de que nadie más que yo sería el responsable de que estuviera ocupando esa posición subordinada. Tampoco tendría que trabajar agobiado por la idea de que el terrateniente a quien sirvo ha adquirido su posición por ser más capaz e ingenioso que yo. Sabría que no es alguien más meritorio que yo, sino solo un tipo con más suerte. Si, por el contrario, me encontrara en el estrato más bajo de una sociedad meritocrática, **me costaría resistirme a pensar que mi desfavorecida situación es (al menos en parte) culpa mía, una consecuencia de no haber desplegado el talento y la ambición suficientes para progresar.**"



Para Young, la meritocracia no describía ningún ideal, sino una distopía



“Escribió esa obra en un momento en que el sistema de clases británico se estaba descomponiendo y estaba dando paso a un sistema de promoción educativa y profesional basada en el mérito. Esto era positivo, porque permitía que los hijos talentosos de las familias obreras desarrollaran sus capacidades y huyeran de una vida circunscrita al trabajo manual. Pero Young también vio el lado oscuro de la meritocracia. Narrado como si fuera un historiador que evaluara el pasado desde el año 2033, su libro describía con asombrosa clarividencia la lógica moral de la sociedad meritocrática que ya empezaba a desplegarse en la Gran Bretaña de posguerra. Sin defender en ningún momento el orden de clases cerradas que estaba desapareciendo, Young reconocía que la arbitrariedad moral y la inequidad manifiesta de aquel tenía al menos un efecto deseable: moderaba la autoestima egoísta de la clase alta e impedía que la clase trabajadora considerara su estatus subordinado como un fracaso personal.”

Paradoja del orden meritocrático

“...asignar trabajos y oportunidades en función del mérito no reduce la desigualdad, sino que solo la reorganiza alineándola con la aptitud. Pero esta reorganización genera la suposición de que las personas tienen lo que se merecen, y ese es un supuesto que ensancha la brecha entre ricos y pobres.”

“Young no solo supo predecir la soberbia meritocrática de las élites, sino que también previó la afinidad de estas con el conocimiento experto tecnocrático, su tendencia a mirar por encima del hombro a quienes no poseyeran sus luminosas credenciales y el efecto corrosivo de estas actitudes en el discurso público.”

“La mayoría de nuestros debates sobre el acceso al empleo, la enseñanza y la administración pública tienen como premisa de partida la igualdad de oportunidades. Nuestros desacuerdos no son tanto sobre el principio en sí como sobre su correcta puesta en práctica. Por ejemplo, quienes critican la discriminación positiva en la contratación laboral y en el acceso a las universidades sostienen que esta clase de políticas son incongruentes con la igualdad de oportunidades, pues valoran a los candidatos conforme a factores distintos de sus méritos. Los defensores de la discriminación positiva, por su parte, responden a ello que tales políticas son necesarias para que exista una igualdad de oportunidades real para miembros de grupos sociales que han sido tradicionalmente discriminados o desfavorecidos.”

Discriminación positiva en la universidad



<https://youtu.be/DmTb-71J13s>

“En las democracias de todo el mundo, los políticos de centroizquierda y de centroderecha se reclaman defensores de políticas que permitirán que todos los ciudadanos, cualquiera que sea su raza, etnia, género o clase, compitan en iguales términos y asciendan hasta donde su esfuerzo y su talento los lleven. Cuando la gente se queja de la meritocracia, suele hacerlo no porque esté en contra del ideal, sino porque entiende que no se está llevando a la práctica: que los ricos y los poderosos han amañado el sistema para perpetuar sus privilegios...”

“Pero ¿y si el problema fuera más profundo? ¿Y si el verdadero problema de la meritocracia no es que no la hayamos conseguido todavía, sino que el ideal en sí es defectuoso? ¿Y si la retórica del ascenso ha dejado ya de inspirarnos, no solo porque la movilidad social se ha estancado sino, y de manera más fundamental, porque el de ayudar a que las personas puedan escalar los dificultosos peldaños que llevan al éxito en una meritocracia competitiva es un proyecto político vacío que evidencia una concepción empobrecida de la ciudadanía y la libertad?”

Dos objeciones a la meritocracia como proyecto moral y político



justicia



actitudes ante el
éxito y el fracaso

justicia

Ni la más impecable meritocracia —una en la que los trabajos y los salarios reflejaran a la perfección los esfuerzos y los talentos de las personas— puede ser realmente una sociedad justa.

(críticas filosóficas a la meritocracia)

actitud ante el éxito y el fracaso

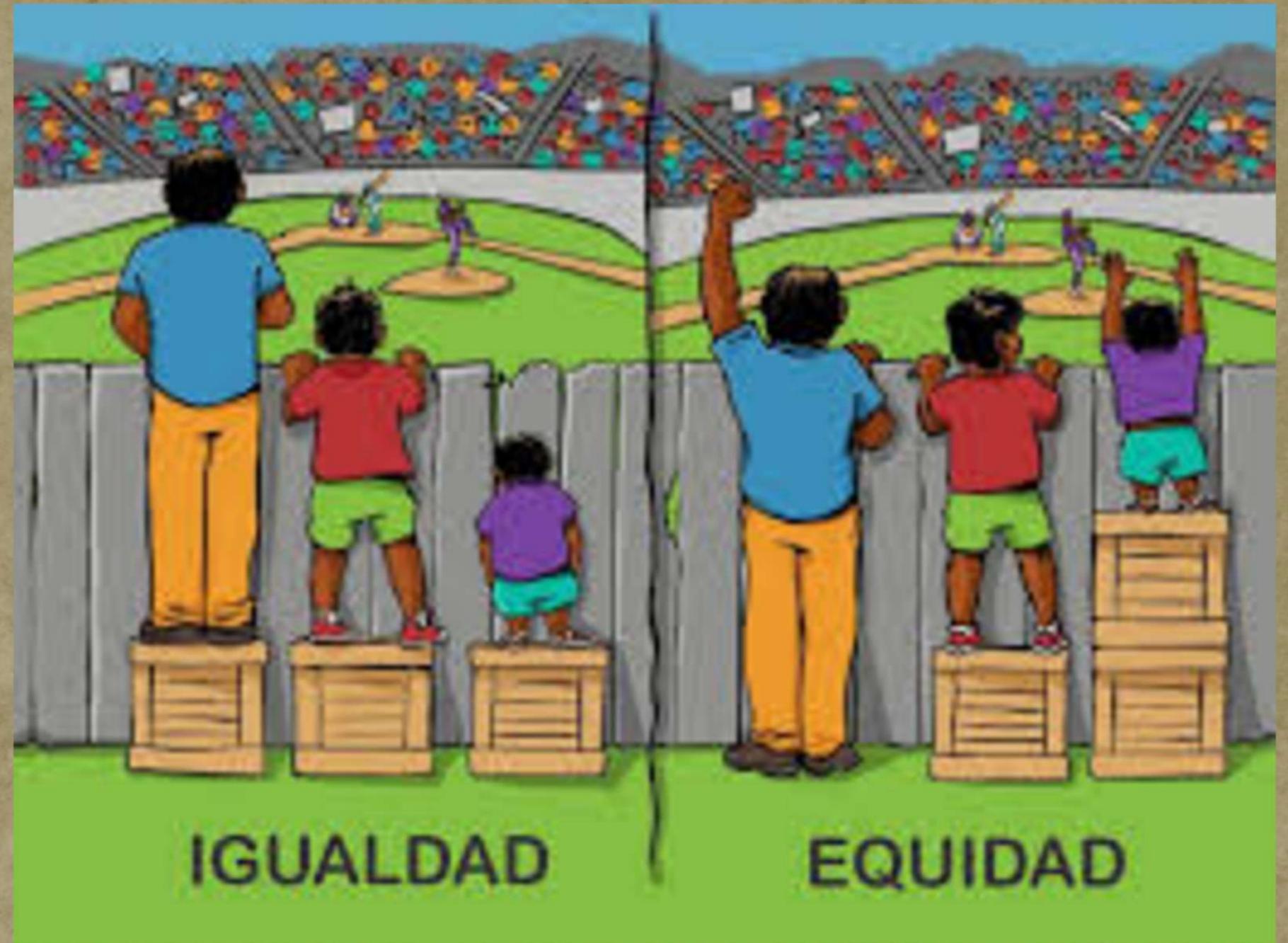
Aunque llegara a ser equitativa, una meritocracia nunca podría ser una sociedad buena, pues tiende a generar soberbia y ansiedad entre los ganadores y humillación y resentimiento entre los perdedores, actitudes discordantes con el florecimiento humano y corrosivas para el bien común.

(protesta populista contra las élites meritocráticas)

¿SERÍA JUSTA UNA MERITOCRACIA PERFECTA?

“No bastaría con superar la discriminación. La institución misma de la **familia** complica el proyecto de dar las mismas oportunidades a cada individuo. No es fácil compensar las ventajas que unos padres ricos proporcionan a sus hijos, y no me refiero solo, ni principalmente, a la riqueza heredada (un impuesto de sucesiones contundente podría resolver ese problema), sino a las muchas formas en que unos padres concienciados y con medios ayudan constantemente a sus descendientes. Ni el mejor y más inclusivo de los **sistemas educativos** lo tendría nada sencillo para facilitar a los alumnos de entornos pobres herramientas que les permitieran competir en pie de igualdad con hijos de familias que les dedican abundantes cantidades de atención, recursos y contactos.”

“Supongamos que pudiéramos cumplir la promesa de dar a todo niño y niña las mismas oportunidades para competir por tener éxito en los estudios, en el trabajo y en la vida. ¿Equivaldría esto a una sociedad justa?”



Una sociedad que presente
un grado de movilidad perfecto
es un ideal inspirador



expresa cierta noción de
lo que entendemos que
es la libertad



evoca la esperanza de
que lo que lleguemos a
ser sea un reflejo de lo
que nos merecemos

Pero hay razones para dudar de que ni siquiera una meritocracia materializada al cien por cien fuera una sociedad justa.

"...la esencia del ideal meritocrático no es la igualdad, sino la movilidad. No dice que haya nada de malo en que existan diferencias abismales entre ricos y pobres; solo pone el acento en que los hijos de los ricos y los de los pobres tengan la posibilidad, a lo largo del tiempo, de intercambiar posiciones en función de sus respectivos méritos..."

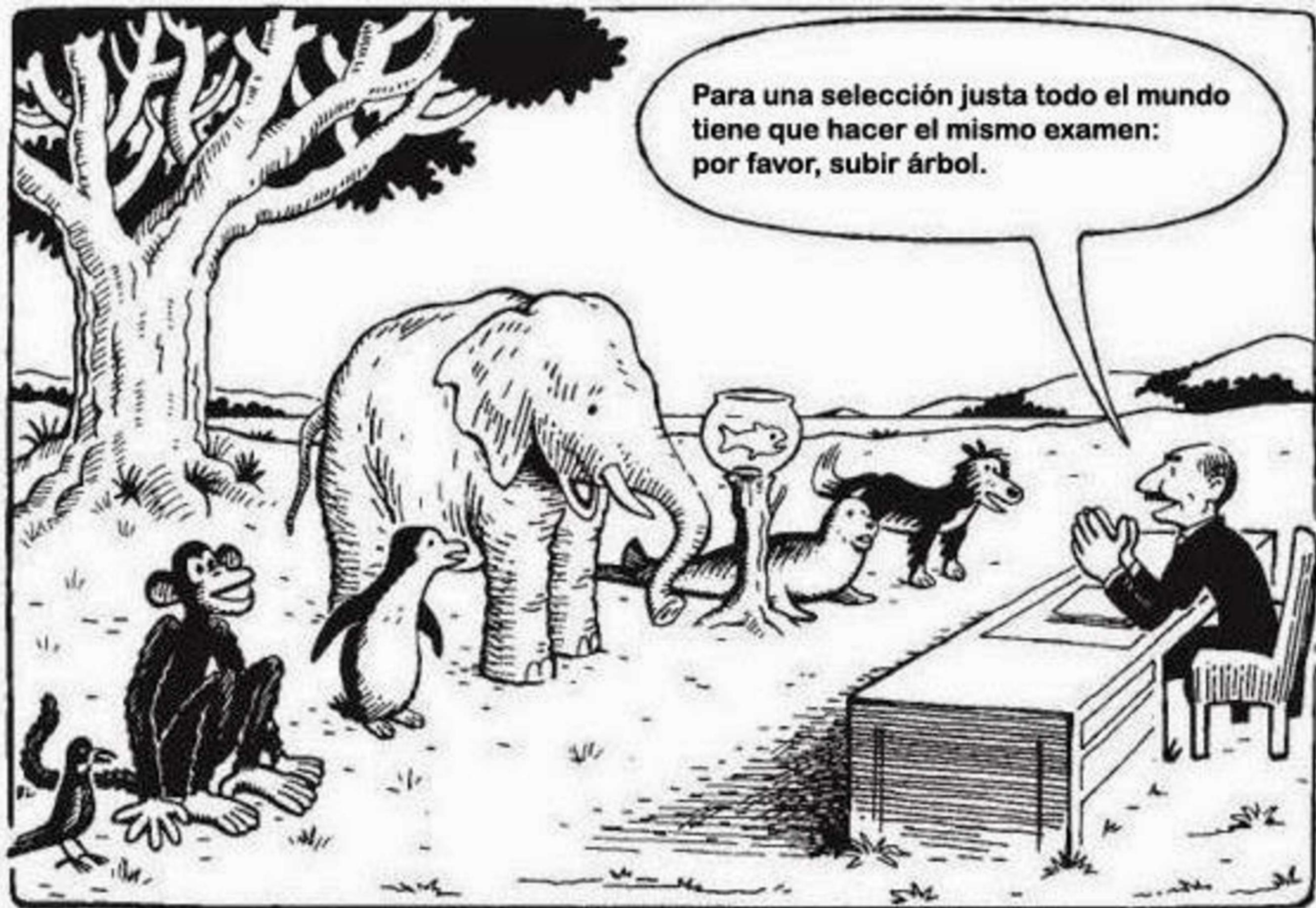
“Lo que le importa a una meritocracia es que todo el mundo disfrute de idénticas oportunidades de subir la escalera del éxito; nada dice sobre lo distantes que deban estar entre sí los escalones. El ideal meritocrático no es un remedio contra la desigualdad; es, más bien, una justificación de esta.”

¿está justificada
la desigualdad
fruto de la
competencia
meritocrática?



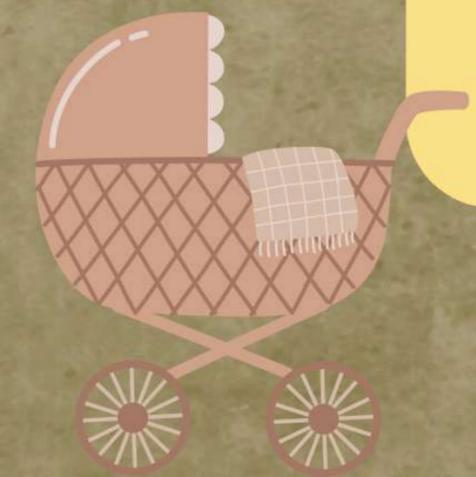
**¿NOS MERECEMOS NUESTROS
TALENTOS?**

Para una selección justa todo el mundo
tiene que hacer el mismo examen:
por favor, subir árbol.



¿Por qué suponer que nuestros talentos deberían determinar nuestro destino y que nos merecemos las recompensas que se deriven de ello?

Los meritócratas ya admiten que no merezco los beneficios resultantes de haber nacido en el seno de una familia rica. Pero, entonces, ¿por qué iban a ser distintas otras formas de suerte, como, por ejemplo, el hecho de contar con un talento natural en particular?



Y el hecho de que viva en una sociedad que premia las aptitudes que casualmente tengo no es algo acerca de lo que pueda atribuirme mérito alguno; también es una cuestión de suerte.

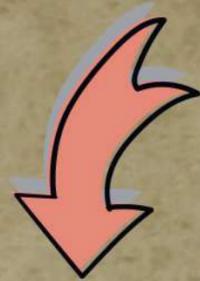
LeBron James gana decenas de millones de dólares jugando al baloncesto, un deporte de una popularidad enorme. Además de haber sido bendecido con unas dotes atléticas prodigiosas, LeBron es afortunado por vivir en una sociedad que las valora y las recompensa. Él no ha hecho nada para vivir en una época como la actual, en la que a la gente le gusta tanto ese deporte que a él se le da tan bien, en vez de en la Florencia del Renacimiento, cuando los que estaban muy cotizados eran los pintores de frescos y no los baloncestistas.



Reconocer que nuestros talentos no son obra nuestra complica la imagen de **sujetos que se hacen a sí mismos**. Pone en entredicho esa fe meritocrática que nos dice que basta con vencer los prejuicios y los privilegios para crear una sociedad justa.

¿EL ESFUERZO NOS HACE «MERECEDORES»?

El esfuerzo importa, y ninguna persona, por extraordinariamente dotada que esté, tiene éxito si no trabaja para cultivar su talento.



No obstante, a pesar de la importancia del esfuerzo, el éxito rara vez surge del trabajo duro sin más.

El énfasis meritocrático en el esfuerzo y el trabajo duro busca justificar la idea de que, si se dan las condiciones correctas, somos responsables de nuestro propio éxito y, por lo tanto, capaces de ser libres. También pretende justificar la fe en la idea de que, cuando la competencia es de verdad justa, éxito y virtud concuerdan; quienes se esfuerzan y obedecen las normas ganarán las recompensas que merecen.

El ideal meritocrático es defectuoso porque ignora la arbitrariedad moral del talento y exagera la significación moral del esfuerzo.